

LA RATA

POR

FERNANDO QUIÑONES

EL TAXISTA y el niño irrumpieron hacia la calle a través de la entornada puerta de una taberna minúscula, que se cerró del todo luego. En la gran avenida paralela, al otro lado de la manzana, se oía rugir a los autobuses. Había sido el primer día bueno de primavera, y la noche era igualmente hermosa. Parecía que en veinticuatro horas el mundo hubiera recobrado todo su lustre, que las gentes desearan de nuevo vivir. Y fue al surgir de pronto el otro hombre, como de algún portal vecino, cuando el padre empezó a hablarle a su niño.

—Hoy ha sido malo —le dijo al hombre— y le voy a llevar al cuarto de la rata.

Trataba de asustarlo sólo con una rata y no con ocho o diez, pero todo creció hasta el máximo cuando el taxista se puso a proseguir su loco discurso de amor.

—Sí, ya ves a éste —habló—. El sabe que te voy a llevar al cuarto de la rata, y él también te va a llevar.

Suspendió al niño en el aire, a la altura de su cabeza y embaló después las manos hacia el suelo, de modo que el niño tuvo el sobresalto delicioso de que se caía sobre la acera. Gritó y rió en una sola voz, y luego volvió a escuchar, tocando con su pequeño puño cerrado la cara del hombre.

—La rata tiene unos colmillos así, y un rabo, y cuando ve entrar al niño, pues tras, y entonces llora mucho y como está oscuro y la rata se puede esconder y ponerse grandísima, pues eso, por malo, en el culo.

El niño sonrió de oreja a oreja.

—Guá —hizo.

Las luces de neon del Sanatorio "Las Flores" zumbaban a treinta metros, y las de la farmacia de guardia, en la esquina, proyectaron sobre el pavimento de la acera opuesta la sombra de una muchacha muy bajita que salía del interior. El tramo de calle donde se encontraban los dos hombres y el niño era el más flojamente iluminado de todo el contorno; de vez en vez, al abrirse alguna puerta o encenderse una ventana alta, aquellos ecos de luz daban sobre el adoquinado y mostraban desordenadamente el cruzar de algunos jóvenes charlando, ebrios, con el buen tiempo por la sangre, de una pareja entrelazada, de una anciana solitaria y titubeante con un cazo de leche en la mano.

—Pues como el niño ha sido malo —siguió el hombre—, esta noche lo van a coger papá y mamá y lo van a llevar al cuarto de la rata, eso. Esa rata, que es la mayor que hay en Madrid, y que ya sabe el niño cómo es. Ahí, ahí le vamos a llevar. Cuando es de día no se ve más que el carbón, pero es que la rata está metida en su cueva, debajo del montón del carbón, eso es; y también cuando alguien abre la puerta, la rata se encovacha en seguida debajo del montón de carbón porque no quiere que la vean. Pero si cierran la puerta y se queda el niño dentro... Este señor la ha visto, ¿no es verdad, señor? Sí, niño, sí; aquí, Jacobo, la ha visto y él también va a venir con nosotros a llevarte.

Mientras que hablaba, el hombre no cesaba de balancear fuertemente al niño, de hacer con él el tiovivo o bien de sostenerle por la cintura por encima de sus ojos, frunciendo el ceño a veces expresivamente y ladeando la cabeza para mirarle con fingida amenaza. El niño estaba muy poco vestido, con sólo el breve pantalón, sobre el que aparecía pegado un trocito de piel de naranja, y un ligero jersey oscuro. Uno de los picos del cuello del jersey estaba plegado hacia dentro, y el otro, de punta hacia arriba, rozaba a veces las recias y sombrías mejillas del padre. El hombre tenía un bolseante pantalón gris y una camisa desabotonada sobre la que gravitaba un chaquetón de cuero echado sobre los hombros. Su gorra de taxista aparecía sobre la ventana. Y el hombre al que había llamado Jacobo no le había retirado una mano de un hombro desde que llegó ni había hablado una sola palabra. Tampoco había saludado. Su expresión, además, parecía tris-tísima.

—Pues la rata —anudó el taxista— está debajo del montón de carbón, y hace dos meses le mordió a Paulita y le hizo mucha pupa, y hace un año también se comió a un *soldao*, ¿no, Jacobo?

El niño no había entendido esta vez.

—Mrrffff —hizo.

—Sí, a un *soldao* se comió la rata, de esos que van con la *escopeta-pum*, y vino a ver la casa y la rata se lo comió.

El niño volvió a sonreír. La avenida debía estar llena de gente y vehículos. Llegaba de ella, por la calle transversal, como un tubo de rumores, con las frenéticas pitadas continuas del guardia del cruce.

Y Jacobo levantó la vista del suelo para detenerla, fija, en el rostro del taxista. Ni una vez había mirado al niño. Tal vez no lo hacía, ni había saludado, porque eran vecinos de los que se están viendo durante todo el día. Quizá fuera suyo el pequeño y cerrado puesto de frutas y verduras inmediato a la puerta de la tabernita, cerrada también, de donde habían salido el hombre y el niño. Parecía Jacobo de la

misma edad que el taxista, pero peor vivido, mucho más cansado. El padre tenía una ronca voz, que trataba de allanar y reducir para hablarle al niño —era así como un oso mimando a una cogujada—, y en el trozo de su camisa a cuadros blancos y verdes que remontaba la correa aparecía la curva del vientre oprimida por la hebilla.

—No —le aclaró a Jacobo—, es que hoy le ha tirado al suelo la comida a la madre y quiso también pegarle al gato. Yo estaba aquí cuando lo hizo. Según volvía esta tarde de declarar...

Jacobo tornó a clavar la vista en las losas. Estaba muy pálido y expectante. Por un momento, después de las últimas palabras del amigo, sus ojos se animaron oscuramente y pareció que iba a hablarle. Pero no lo hizo. Seguía sin pronunciar una palabra.

—La rata coge al niño —volvía el padre a sumirse en el hijo— y lo primero que hace es liarlo con el rabo así, así —y movía en círculo una mano detrás de la pequeña espalda—, hasta que no se puede mover. Luego le enseña los dientes, y después... ¡Oy, oy después con la rata! Y entonces el niño quiere pedirle perdón a mamá y no vuelve a tirarle la papilla al suelo con la rabia ni a querer pegarle al *fu*. De manera que ¡vamos a llevarlo, vamos a llevarlo! —y hacía el ademán de emprender una carrera, adelantando al niño en el aire y haciéndole reír ahora con nerviosas carcajaditas y gritos.

Entonces surgió la voz de Jacobo, pero como desde el fondo de una botella. Trataba de hacerla serena. Miraba al padre a los ojos.

—¿Qué pasó en el Juzgado? —preguntó.

—Allí, nada —dijo el hombre—. Nada —bajó la voz—; yo estoy más fuera de ese lío que la madre que los parió a todos. Pero mi lío 'es otro, fíjate bien, Jacobo. Ya sé yo, ya.

—Pero ¿tú qué más vas a hacer? ¿Y tu mujer y el niño?

El estridor del coche de los bomberos sonó cuatro manzanas más abajo. El niño, después de mucho, había conseguido meterse en la boca el erecto pico del cuello del jersey. El aire venía tranquilo y hermoso, apuntado de calores y tan regalado y puro como si lo enviase la luna, pequeño disco indiferente sobre el mar de tejados, árboles y terrazas de la gran ciudad.

—¡Cochino! —dijo el hombre sacándole al niño de la boca el pico del cuello—. ¡Fuera eso! Ggggg, ggg, caca... ¿No ves, no ves cómo hay que llevarte donde la rata?

Parecía totalmente olvidado de Jacobo, de sus preguntas afligidas y también del tono intenso en que le había respondido. Pero cuando la puerta de la taberna, a sus espaldas, descubrieron al fondo una mesa camilla y parte de un armario, tras de la mujer cuya silueta avanzaba desde el vano, el hombre miró a Jacobo de un golpe como

tirándole una piedra. La mujer, muy delgada, se acercó con la barbi-lla sobre el pecho.

—¡Vete tú dentro como te dije! —le gritó al hombre.

Pero ella salvó los dos escalones que la separaban de la acera y trató de rodearle con los brazos por la espalda. Lloraba. El hombre hizo un gesto de infinito fastidio. Sin embargo, la voz se le suavizó de inmediato; parecía incluso más tierna que la voz con la que se había estado dirigiendo al niño.

—Anda, mujer; anda, anda adentro. Aquí ya no haces nada. Ni me digas nada.

Se volvió un poco y le pasó una mano por la cabeza. Continuó con la palma de la mano abierta mientras la mujer resubía los escalones sollozando, y luego el hombre se quedó mirando la puerta que la mujer había otra vez cerrado a sus espaldas, y sus ojos recorrieron de arriba abajo la barrita de luz que salía por la juntura.

—Má —dijo el niño distraídamente, con el mirar perdido en la distante luz de la esquina de la avenida.

—¿Má, verdad? —dijo el hombre—. Sí, sí, má; pero como vuelvas a tirarle la papa al suelo es que te llevamos Jacobo y yo y má y el fú, y ya verá el niño lo que es bueno con la rata. Ya verás, ya...

Una pareja muy joven, prendida por los hombros, rozó al grupo al pasar. Los ojos de la chica estaban como sumidos en el suelo. Por detrás de la puerta se oyó a la mujer tirar hacia afuera del cajón de un mueble. Un avión alto parpadeó sobre la calle, en el hermoso y oscurísimo azul-nestlé. Jacobo seguía con los ojos clavados en el suelo, duro y reiterado, como en un nuevo esfuerzo por no arrancar a hablar. Y el hombre se llevó al niño lentamente sobre la cara y la besó repetidamente en la boca, golpeándole suavemente los labios con los suyos extendidos. Le miró el escaso y rizado cabello y tomó con una mano de la ventana la gorra de taxista. Luego le tendió el niño bruscamente a Jacobo.

—Anda, mételo dentro; llévaselo a ella —dijo—. Y no me digas ni sí ni no: voy a entregarme.

Fernando Quiñones.
Ciudad del Pino, 12, 3.º izq. (Peñagrande).
MADRID